

## **Mansa Abubakari II, el navegante**

En 1310, cuando Bata Manding Bori aceptó el nombre árabe de Abubakari II, la corte de Niani estaba solo parcialmente islamizada. Mientras la aristocracia se alfabetizaba y cumplía con las obligaciones de los musulmanes, sin desligarse de las tradiciones, la población continuaba inmersa en sus ancestrales creencias animistas. El peso de los ulemas y sabios islámicos de adscripción rigorista sunnita, que ya se habían comenzado a instalar en Walata, Djenné y la distante Tombuctú, era cada día mayor. Esto producía un enfrentamiento larvado entre los griots, encargados de preservar la ortodoxia, y los marabús musulmanes, doctores en las nuevas ciencias que el Islam había heredado del mundo clásico. Abubakari II ocupó el trono en esta fecha, hijo y nieto de la estirpe Keita y biznieto de Sakura. Su imperio era enorme, equivalente a la extensión de toda Europa occidental. Salvo concretos episodios de enfrentamiento con sus lejanos vecinos, desde el palacio de Niani, en el margen izquierdo del río Sankarani, se respiraba la paz de un imperio próspero, progresivamente ligado a los mercados de la Umma. El oro proporcionaba enormes recursos a la corona, su extracción y comercialización habían ido en aumento dibujando una gráfica ascendente. Diversos estudios han estimado que la mitad del oro que circulaba entonces por el mundo, provenía del imperio de Mali. Hacía tiempo que los manuscritos se habían convertido en objetos habituales al sur del Sahara. Desde que los almorávides ocuparan su imperio ibero-africano la importación de manuscritos hacia las zagüias y ribats del desierto no había cesado. Gastando grandes cantidades de oro, particulares e imanes de las mezquitas de Wadán, Chinguetti, Walata, Djenné y Tombuctú atesoraban los textos que una civilización precisa como respaldo ideológico, pero también como ingrediente imprescindible para el desarrollo del conocimiento, los estudios teóricos y técnicos. Recordemos que, en la Toledo del siglo XIII, grupos de musulmanes, cristianos, judíos, clérigos francos y estudiosos mudéjares, habían puesto en marcha la traducción de los manuscritos científicos del árabe al latín. Es decir, el corpus de conocimientos que utilizaron los estados europeos para dar el salto al Renacimiento estaba

prácticamente terminado. A falta de que nacieran Ibn Jaldún y algunos otros, podríamos decir que los sabios andalusíes habían finalizado sus tratados médicos, físicos, lingüísticos y filosóficos.

Es muy interesante valorar la dimensión de estos conocimientos científicos correctamente, en concreto en el ámbito de la navegación marítima, para entender hasta que punto está tergiversada la historia oficial de los descubrimientos lusos y castellanos del siglo XV. Por supuesto, el saber y la erudición, tan ampliamente promocionados en el mundo islámico, contemplaban la curvatura de la tierra concebida como una esfera. Esta certeza la habían extraído de los trabajos de Ptolomeo, como dijimos, con amplia difusión entre los estudiosos. Tan solo una sección de los cristianos descartó cualquier validez en los textos paganos conservados en las bibliotecas que se encargaron de quemar; y fue esta corriente de opinión la que finalmente se impuso. Al contrario, fueron numerosos los tratados andalusíes donde se daba cumplida cuenta de esta configuración esférica, algunos de ellos conservados en los archivos catedralicios de Toledo. El fenómeno, como es bien sabido, se pone primero de manifiesto en la experiencia náutica y los estudios aplicados sobre los faros. Los marineros vigías, situados en las cofias de los mástiles, divisaban los focos costeros un buen rato antes que sus capitanes, en la cubierta de los jabeques. De la misma forma, es bien conocido el uso de la brújula y el astrolabio entre los musulmanes para conocer la latitud y la hora, un instrumento fabricado por orfebres que fue precisamente perfeccionado en el Toledo del siglo XI por Azarquiel, quien, aparte de desarrollar un *Tratado de la azalea* traducido al latín en 1230, instaló dos clepsidras en las orillas del Tajo siguiendo las indicaciones de Al-Masudi, quien las había observado en la India. Su profunda comprensión de las ciencias astronómicas aplicadas a la navegación permitió que los navegantes se liberaran de los pliegos con las coordenadas de horizonte, distintas en cada latitud, por medio de la invención de un astrolabio llamado azalea, apropiado para funcionar en todas las latitudes. Por lo general, la invención del instrumento se atribuye al geógrafo y matemático Hiparco de Nicea, sucesor de

Eratóstenes en la dirección de la Biblioteca de Alejandría en el siglo II a.C. Cuatro siglos después Ptolomeo describía su diseño y construcción en el *Gran tratado* o *Almagesto*, trabajo que utilizaría en el siglo IV Hipatia, la última directora de la biblioteca, para dar instrucciones precisas y, haciendo algunas correcciones, ordenar la fabricación del instrumento de precisión. No debería ser necesario decir que todo este conocimiento nos ha llegado a través de los científicos islámicos, quienes estudiaron, desarrollaron y perfeccionaron los conocimientos reflejados en los tratados griegos y romanos. Con azulejos y relojes de arena navegaron los marinos europeos hasta el siglo XVIII, cuando se inventó el sextante moderno. No parecen, por lógica, imprescindibles otros instrumentos para navegar el Atlántico. La técnica que utilizaron los descubridores para navegar hasta el Índico y el Nuevo Mundo procedía de los tratados escritos en Persia, Egipto o Al-Ándalus; y era la misma que utilizaban los navegantes musulmanes. Sabemos que los astrolabios fueron utilizados por las caravanas saharianas, que siempre llevaban un experto en navegación por las estrellas. Por lo tanto, no sería muy aventurado afirmar que el soberano de Mali, poderoso y respetado, contara con alguno en su colección de palacio. No tenemos la menor duda de que, igualmente, las obras de los geógrafos andalusíes como Al-Masudi y Al-Idrisi figuraban entre los manuscritos de los clérigos de Tombuctú.

La primera vez que visité el National Museum of African Art situado en el National Mall de Washington, recibiendo una calurosa bienvenida por parte de su archivera, encontré un ensayo sorprendente dedicado a demostrar, con una cascada de datos y argumentaciones, la presencia de los africanos en el continente americano mucho antes de la llegada de los primeros europeos en 1492. Firmado por Ivan Van Sertima, en *They came before Columbus* pude encontrar una infinidad de pruebas, lingüísticas, arqueológicas y documentales, que confirman la conexión entre los pueblos mesoamericanos y africanos. Las más contundentes, algunas frases y testimonios de los mismos conquistadores castellanos, desestimados o incomprensibles para quienes nos resumieron posteriormente los acontecimientos. El investigador había encontrado las

primeras pistas de esta conexión en los estudios sobre gramática de las lenguas americanas del profesor Leo Wiener. Algunos fenómenos lingüísticos parecían indicar una estrecha relación entre vocablos de las lenguas mexicanas, el árabe y algunas lenguas africanas como el bambara y el mandinga. Posteriormente, ya volcado en su amplia investigación, Van Sertima desenterró algunos datos y vestigios de la presencia de los conocidos “barcos de Guinea” en los primeros textos de la pluma del mismísimo almirante de la mar oceánica, Cristóbal Colón, y del insigne fray Bartolomé de las Casas, donde se mencionaban ciertos pañuelos de seda iguales a los que se obtenían en las costas de Sierra Leona, así como unas sorprendentes puntas de lanza de hierro halladas por los marinos de las tres carabelas en La Española. Puntas en todo similares a las excavadas en África occidental y que, analizada su composición química en nuestros días, parecen corresponder al mismo tipo de trabajo metalúrgico con semejante proporción de elementos. Paradójicamente, los indígenas de la isla no conocían la metalurgia ni la agricultura. Posteriormente, cuando Núñez de Balboa cruzó el istmo de Panamá, dejó constancia de ciertos prisioneros “etíopes” capturados por una de las tribus que encontró en las costas del pacífico. No insistiremos mencionando más pruebas. Incluso si algunas de las argumentaciones y paralelismos —parecidos físicos en la figuración plástica y escultórica, correlaciones en el léxico y en ciertas imágenes de la esfera religiosa—, estuvieran forzados y parecieran dudosos, el grueso de su argumentación es indiscutiblemente válida. Nos encontramos, de nuevo, frente al caso de los Diop, Darwin, Olagüe y Mencies, y negar las evidencias solo nos sitúa junto a la famosa esposa del ministro anglicano. Nuestra Historia oficial todavía tardará, como en el caso de la armada china, muchos años en digerir estas nuevas teorías, instalada en la superioridad etnocentrista de la cultura occidental. Por supuesto, cuando se escribieron las primeras crónicas sobre los “descubrimientos”, a comienzos del siglo XVI, el Nuevo Mundo ya estaba adjudicado. Era necesario afirmar que habían sido los primeros, no fuera nadie a dudar sobre la legitimidad del propietario.

En la obra del profesor Van Sertima me interesaron mucho dos capítulos dedicados al origen negroafricano de la cultura, costumbres y creencias kemitas, así como otro dedicado a las aptitudes náuticas de los navegantes del Nilo, donde discutía el innegable protagonismo de estos últimos, incluyendo el periplo del faraón Neco y el de Hannón el cartaginés. Aparte ya de otras secciones dedicadas a los estudios lingüísticos comparativos entre las lenguas mexicanas y las africanas, poniendo de manifiesto bastantes correlaciones en el plano de las creencias animistas, rituales y sacrificios, el autor dedicaba un apartado a novelar la vida y las inquietudes del mansa que nos ocupa, Abubakari II. Dejando a un lado supuestas inquietudes de la infancia y pretendidos delirios de grandeza, nos centraremos en los datos objetivos que podemos obtener de las fuentes orales y escritas, sin entrar a novelar su vida. La fuente de donde se extrae toda la información relativa a la gesta de Abubakari está en el libro del egipcio Ben Fadl Allah al-Umari titulado *Masalik el-absar fir mamalik el-ansar*, un volumen del que solo he logrado localizar un fragmento que más adelante transcribo. Al visitar El Cairo pocos años después de la peregrinación de Mansa Kankú Musa, este autor recopiló los informes que diferentes interlocutores recordaban acerca del fulgurante y renombrado paso por la ciudad del pródigo emperador, en viaje hacia La Meca. Hermano pequeño de Abubakari II, e hijos ambos del mansa que sustituyó a Sakura, Kankú Musa era el Kan Koro Sigui, virrey, principal consejero y sucesor en el trono durante el reinado de Abubakari II. Eran ambos descendientes del linaje de Kolonkan Diata, una hermana materna de Sundiata que, en aras de una mayor brevedad, no incluí en mi resumen del mito. Al-Umari compiló los relatos del mansa acerca de la desaparición en el océano de su hermano y su consiguiente acceso al trono.

En este libro de Al-Umari, así como en el recuerdo de los djelis de África occidental, se cuenta que Abubakari, con un imperio pacificado, no estaba interesado en nuevas campañas militares de conquista, ni se caracterizaba por una especial dedicación a las prácticas religiosas, sino que era un apasionado entusiasta de ciertas teorías e historias que discutía interminablemente con los

eruditos de Tombuctú. El mundo, según le contaban, era redondo como una calabaza. De forma que, partiendo de cualquier punto en línea recta, se volvía siempre al punto de partida. Grandes discusiones debieron de llevarse a cabo en el salón de audiencias del palacio de Niani. “¡Como iba esto a ser posible, argumentaron los más conservadores, si las gentes que habitasen las regiones opuestas tuvieran que andar cabeza abajo!”. Naturalmente, para averiguar si esto era cierto y saber si había tierras habitadas más allá del Mar Circundante, del tenebroso océano verde, había que apostar fuerte y retar al proceloso piélagos. Y agallas no le faltaron al mansa Abubakari.

Desviando ingentes cantidades de recursos del reino, el rey se dirigió a la costa senegalesa, buscando un lugar bien arbolado donde construir un astillero. Posiblemente, argumenta Van Sertima, no había otro rey en el mundo capaz de organizar y financiar en aquel tiempo semejante empresa. Reclutando expertos marinos del Mediterráneo, calafates y unidades de carpinteros de ribera de la etnia bozo y lebu, especializados en la construcción de embarcaciones, el emperador supervisó la construcción de una flota compuesta por doscientos barcos para llevar hombres, más otros doscientos con provisiones suficientes para dos años. No parece proporcionar Al-Umari el cauce de donde partió la expedición, ya que algunos autores hablan del río Senegal y otros del Gambia. No consideramos tampoco descartable que el astillero estuviera situado en la ribera del Casamancia, una región donde los apellidos y la presencia Mandinga es muy corriente hasta día de hoy. Una vez que la gran variedad de embarcaciones de diferentes características y tamaños estuvieron terminadas, Abubakari organizó las tripulaciones y el aprovisionamiento. Era preciso que las principales naves llevaran pilotos experimentados, acostumbrados a navegar largas distancias, posiblemente en el Índico y el Mediterráneo, pero sin descartar la navegación costera atlántica. Otros grandes bateles utilizados en largos desplazamientos por los lebu, antiguos pescadores de la península de Cabo Verde, podrían asemejarse bastante a la tradicional y marinera *gaa* de las costas de Senegal y Mauritania. Es la barca que en España llamamos cayuco, tristemente célebre en nuestro tiempo.

Aparte de los profesionales del mar, parecía apropiado embarcar todo tipo de especialistas, capaces de reparar en ruta un inesperado desperfecto. Carpinteros, herreros, alfareros, cocineros y soldados garantizarían la supervivencia de naves y tripulantes contando con la ayuda de los expertos en el manejo de las fuerzas místicas, magos, médicos, adivinos y griots. Otro aspecto que le preocupaba era el comercio. Si de verdad había gentes al otro lado del océano, seguro que tendrían algo provechoso con que negociar. El contacto de mercancías a dos bandos resulta ser una perfecta receta para evitar encontronazos y propiciar el entendimiento entre desconocidos. Por este motivo incluyó grandes cantidades de oro y algunos orfebres. Las doscientas embarcaciones de apoyo cargarían arroz y cereales diversos, animales, pescado, frutas y verduras secas, almacenadas en recipientes de terracota, y agua en pellejos, como los que llevan las caravanas. El sistema de comunicación entre las unidades de la flota eran los tambores parlantes, apropiados para transmitir mensajes complejos a largas distancias. En fin, nada se dejó al azar. Los dos mundos debían quedar asegurados, el de las fuerzas de la naturaleza y el anímico, ambos indivisibles en los sistemas holísticos africanos. Abubakari consultó a los oráculos el momento propicio y despidió a la flota con instrucciones de no volver hasta haber encontrado tierras en extremo opuesto del océano, o quedar sin provisiones; y regresó a palacio en 1310.

Menos de un año había pasado cuando uno de los capitanes volvió a presentarse en Niani. En una audiencia donde se agolpaban los curiosos, el harapiento viajero, ya algo recuperado, narró lo que consideraba era un desastre. Él navegaba retrasado en la última unidad de la flota cuando observó como sus compañeros se adentraban en una especie de gran río dentro del océano, una enorme corriente que los impulsó sin remedio, desapareciendo al poco tiempo en la distancia. A duras penas lograron virar, escapando de la desgracia y arribando de nuevo a la costa con grandes esfuerzos. Era todo cuanto podía contar, apesadumbrado. Muy al contrario de lo que podríamos

pensar, el mansa Abubakari no se arredró. Desoyendo consejos precavidos, ordenó poner de nuevo en marcha el astillero. Nuevas cantidades de recursos fueron destinados a la construcción de una segunda flota, en la que él mismo se embarcaría como almirante. Antes de partir se reunió con el consejo. Obstinado en su decisión, repartió precisas órdenes sobre el correcto proceder en el gobierno del imperio. Con su hermano Musa se entrevistó durante largas horas, dejándolo como regente y ordenándole que ocupara el trono si, pasado un tiempo razonable, no volvía a aparecer por Niani. Al-Umari ofrece la cifra de cuatro mil embarcaciones provistas de remos y velas, número que nos parece exagerado. La segunda expedición del año 1311 nunca volvió, empujada por las corrientes hacia el oeste atlántico.

Algunos autores han aceptado la veracidad del episodio y calificado al mansa Abubakari como el “descubridor de America”. No obstante, la gran mayoría de expertos historiadores se muestran contrarios a aceptar tales aventuras sin mayores pruebas, mostrando su escepticismo frente a los fantasiosos relatos africanos. Es preciso que ahora recordemos lo que decíamos en el capítulo que dedicábamos a la circunnavegación de África. Sabemos que el estaño de las islas británicas era importado por los gaditanos hacia el Mediterráneo. No solo los africanos del siglo XIV, en la antigüedad los marinos de Gades, los griegos y cartagineses conocieron y visitaron las islas Canarias y las de Cabo Verde. Y es muy probable que, empujados por los alisios, algunos de ellos terminaran en las costas brasileñas o el Caribe. Solo hay que dejar un corcho a cierta distancia de la costa de Senegal para que aparezca, después de unos cincuenta días, en la orilla americana. No es otra cosa lo que probó Thor Heyerdhal con sus famosas expediciones; y no ulteriores hipótesis con las que parecía disfrutar. Una vez demostrada con la Kon-Tiki la posibilidad de que los navegantes ecuato-americanos hubieran llegado, en almadías construidas con la madera liviana de balsa del árbol *Ochorona Lagopus*, hasta las islas de la Polinesia, el investigador noruego tuvo que organizar dos expediciones, las Ra I y Ra II, desde las costas de Marruecos con embarcaciones de tallos atados de totora y papiro, de semejantes propiedades, para demostrar que los

antiguos egipcios y fenicios podían haber alcanzado las costas mejicanas a bordo de este tipo de embarcación antes del 1200 a.C. En esta fecha surge de forma súbita la cultura olmeca, adoradores del sol y constructores de pirámides que funcionaban como observatorios astronómicos.

Sin embargo, al contrario que el navegante noruego, Abubakari II no sabía que los vientos portantes de regreso, originados en las zonas cálidas del Caribe, se dirigen hacia Europa a la altura de la Bretaña francesa y el Canal de la Mancha, muy lejos de las costas tropicales africanas. Diversos especialistas en historia africana han calculado que, en tiempos de Abubakari, las embarcaciones fluviales construidas por los bozo del Níger podían transportar hasta quince toneladas de carga. Otros estudios sobre las embarcaciones utilizadas por los musulmanes en el Índico y el Mediterráneo han estimado en setenta las toneladas que podían desplazar los dohws y jabeques. Es, más que posible, muy probable que no solo las dos expediciones maninkas alcanzaran las Antillas empujadas por vientos de popa, sino también que muchos otros desprevenidos e infortunados africanos “descubrieran America” sin pretenderlo. Al contrario, adivinamos una intención expresa en los proyectos del navegante Abubakari. Nos preguntamos, sin poder dar una respuesta satisfactoria, si estas navegaciones involuntarias de las que hablamos, o algunas otras planificadas como la que hemos presentado, podrían explicar los paralelismos culturales y estéticos entre África y América, incluidas las pirámides. Otra cuestión más improbable es que aquellos que desembarcaron al otro lado del Atlántico pudieran regresar.

### **Mansa Kankú Musa**

En 1312, y en vista de que su hermano mayor no regresaba, el consejo de ancianos nombró emperador al joven heredero. El reinado del más celebre de los emperadores de Mali se va a caracterizar por una mayor implicación y presencia del imperio en el mundo islámico, motivada por la decidida islamización promovida desde el trono y por el acontecimiento mejor

documentado de todo su reinado: el Hadj o peregrinación a La Meca; un viaje con insospechadas consecuencias en todo el mundo entonces conocido, que terminó por poner al imperio dentro de los mapas y propagar en todo el orbe la leyenda de un país inmensamente rico.

Aparte de la siempre bien documentada tradición oral sudanesa, las fuentes que nos permitirán conocer la biografía del mansa Musa están en el mencionado libro de Al-Umari,